

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARIA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

MALES Y REMEDIOS DE LA EPOCA.

IV.

ORIGEN DE LA ENFERMEDAD.

Remontémonos al origen de esta dolencia tan genérica y tan personal á la vez; y de sus efectos tan variados y á ciertas luces contradictorios que obran en una vasta escala sobre la sociedad y el individuo, veamos si existe alguna causa primordial y única, á la cual por lo mismo pueda aplicarse un remedio universal. Si el espíritu de autoridad retirando su vigor y eficacia encuentra en los miembros entorpecimiento ó rebeldía, si faltos de raices y cimientos vacilan y caen los gobiernos á merced del soplo de las revoluciones, si los vínculos sociales se relajan, si su organizacion se turba ó paraliza, si las clases se invaden y desbordan, si las familias se disuelven, si en la vida pública solo reinan ambiciones sin freno y encumbramientos sin solidez, y en la intelectual el desórden y las tinieblas del caos, y en el corazon la aridez del desierto ó el bramido de las tempestades, algo debe de faltar á nuestra época, algo que preservó á las anteriores en todo ó en parte de estos achaques entonces no conocidos ó al menos no con la violencia y generalidad de ahora. En efecto, algo existia que era fuente y razon suprema de autoridad, sancion de los gobiernos constituidos, centro de gravedad y atraccion comun de los elementos sociales,

lazo fraternal y poderoso freno de las diversas clases en sus mútuas relaciones, foco de caridad en los hogares, amparo de todos los derechos, regulador de todos los deberes, antorcha de la ciencia, inspiracion de la fantasia, luz y guia del entendimiento, jugo y paz del corazon. La religion era á la vez todo esto, tomando tan múltiples formas segun la esfera en que obraba; era la unidad de la vida, y en su desfallecimiento está la unidad de la dolencia.

Las leyes de todo sér derivan precisamente de su origen, esencia y destino; y si el hombre es espíritu, si nació del soplo de Dios, si vive para remontarse hácia él, solo de Dios y segun Dios pueden ser las leyes que le encaminan á su fin eterno y que rigen su vida transitoria. Formado en su breve paso sobre la tierra para la sociedad hácia la cual le atraen al par sus necesidades y sentimientos, en las relaciones con sus semejantes está atenido á las mismas leyes que regulan su existencia personal: Dios es autor y legislador supremo de la sociedad lo mismo que del individuo; y el que puede disponer, como de hijos, de cada uno de los mortales, puede asimismo gobernar en familia á las naciones y á la humanidad. Nada hay en el hombre de inútil ó indiferente al logro de su destino, ninguna de sus facultades que no se ordenen á su perfeccion y complemento, ninguna de sus relaciones que no se halle prevista y dirigida por preceptos invariables: nada tiene de

humano en el sentido de que propiamente le pertenezca, nada de temporal que no germine para la eternidad, nada de racional que no sea reflejo de lo revelado; lo mas natural es en él lo mas religioso, lo mas positivo es lo mas espiritual. La religion abarca al hombre, abarca á la humanidad entera; esta es la palabra que resuelve todos los problemas, que revela todos los destinos, que fija todos los deberes, que satisface todas las necesidades, que regula todos los sentimientos; este es el motor universal cuya accion una é indivisible solo recibe diferencia de nombres de los objetos á que se aplica: cualquier otra fuerza, poder, verdad ó amor que se intente sustituir á su inmortal influencia, no es mas que una centella robada de su foco, cuya efimera luz y tibio calor se estinguen en breve tiempo por sí mismos.

Las sociedades nunca habian imaginado, aun en las épocas de mas ruda barbarie ó de civilizacion mas corrompida, el constituirse y legislarse por sí propias con independenciam de todo poder sobrenatural, el crear la savia y la vida que circula por sus venas, el romper la cadena que desde el cielo sostiene á la tierra suspendida sobre los abismos. Las ciencias, las artes, las invenciones tuvieron un principio religioso, el poder fué deificado, las leyes sonaban por conducto de oráculos: errónea ó verdadera la religion presidió á los destinos de los antiguos pueblos, y los filósofos no aparecieron entre ellos sino cual cometas de esplendor siniestro precursores de su caída. Al pueblo escogido que Dios se reservó, quiso él mismo prescribir no solo el dogma y la moral, el culto y las ceremonias, sino el gobierno y el régimen interior, las leyes, las costumbres y la misma policia, proveyendo en un solo código á las almas y á los cuerpos, al tiempo y á la eternidad. Mas tarde, cuando el Hijo de Dios vino á plantar su cruz sobre las ruinas de los imperios, y á mejorar el destierro del hombre al paso que le abria las puertas de su patria inmortal, el Evangelio se erigió en carta-puebla, en ley constitutiva de las nuevas generaciones; á todos dirigió su voz, á vencedores y á vencidos, á súbditos y á soberanos, á pobres y á ricos,

á sabios y á ignorantes; hizo comun el derecho y recíproco el deber; y en diez y nueve siglos de cambios y trastornos profundos en las naciones y en los gobiernos, en los hechos y en las ideas, nada de su verdad y eficacia han perdido sus máximas, nada de oportunidad y dulzura sus consuelos. Por mucho que envejezca el mundo, allí está su regeneracion; por muchos y nuevos males que sufra, allí está su medicina; por mucho que crezca y progrese y presuntuosamente se emancipe, jamás podrá dispensarse de la tutela del cristianismo ni estenderse fuera de su benéfica sombra.

Nuestros mayores, menos instruidos en las ciencias, menos ocupados en la política, menos ricos en industria, menos refinados en sus goces, mas fieros en sus costumbres, mas enérgicos en sus pasiones, sabian mas que nosotros, gobernaban y obedecian mejor, gozaban de mayor hartura y sosiego, producian obras admirables, instituciones duraderas. Dios era á sus ojos el principio mismo de la autoridad representado sobre la tierra por los que á su nombre la ejercian; todo poder venia delegado del rey del universo, y estaba sometido á su tribunal soberano: así ni el mando envanecía, ni la obediencia humillaba; y si aquel funcionaba con mas suavidad y moderacion, esta se rendia con mas sinceridad y acatamiento. Los gobiernos amparados por el escudo de la religion permanecian mas estables en sus formas, y se modificaban lenta y suavemente conforme exigia la necesidad de los tiempos, sin romper por esto la cadena de las tradiciones. Las ideas de libertad, igualdad, mejora, beneficencia, se acogian igualmente á la sombra del catolicismo, y por su medio apenas hubo adelanto que no consiguieran, dilatando pacíficamente sus conquistas. Las clases se mantenian en su esfera sin tanta emulacion y envidia, y hartas veces con mas recíproca independenciam que ahora; la jerarquía social enlazaba las voluntades en vez de exasperarlas: los débiles se reunian en torno del fuerte, los pobres en torno del rico, los ignorantes en derredor del sabio; y á nadie se le ocurría llamar opresion á este beneficioso pro-

tecorado. La caridad no había tomado los aires especuladores de la filantropía, y á los ricos daba seguridad y á los indigentes resignación; no temblaban los de arriba, no acechaban los de abajo. Sin disertar acerca de la idea y del sentimiento, estaba lleno de creencias el entendimiento de aquellas generaciones, y de afectos su corazón: ¡qué de vacíos que no conocieron! ¡qué de problemas de cuya existencia jamás sospecharon!

Ved ahí el crimen y el castigo de nuestra generación. Con todas las condiciones de progreso, con todos los elementos de prosperidad y ventura; con todo el brillo de una civilización esplendorosa, se ha parado de pronto en el camino ascendente por donde marcha la humanidad, y amenaza hundirse en las tinieblas de la barbarie. Cual imprudente niño, ha desmontado la máquina social por el placer de reponerla á su modo, y llora amargamente su impotencia sobre las piezas rotas y dislocadas. Aun más, ha querido ser creadora, y parodiando la obra de Dios ha intentado formar por su cuenta una sociedad, un poder, una moral, una ciencia; ha amasado los miembros, ha organizado y tejido las fibras de su estatua, y luego para animarla ha ensayado, cual otro Prometeo, robar una centella del fuego celestial. Y vedla ahora encadenada á un árido peñón en pena de su sacrilega osadía, y los deseos y los desengaños cual buitres devoradores roen sus entrañas renacientes sin cesar.

J. M. Q.

LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

CAPÍTULO XVII.

SOBRE LA MODESTIA Y LA HUMILDAD.

(Conclusion.)

Si la modestia y la humildad puestas en práctica no pueden combinarse con el orgullo que es su contrario, ningún orgullo habrá que sea justo. El hombre que se complace en sí mismo, el hombre que no reconoce en sí aquella ley de los miembros que

está en pugna con la ley del espíritu, el hombre que se alreva á prometerse que por su propia virtud elejirá el bien en las ocasiones difíciles, se engaña miserablemente y es injusto: el hombre que se antepona á los demás es temerario; es parte y se hace juez. Si por orgullo justo se entiende reconocer la verdad del bien que se ha obrado, sin atribuirselo ni engreirse con él, será este un sentimiento legítimo y hasta debido; la humildad no lo excluye, sino que es la humildad misma, y la moral católica proscribela conducta opuesta como falaz y altanera; porque el que cree que juzgándose á sí mismo según la realidad tendría de que gloriarse, y que necesita disimular para poder ser humilde, aquel es un miserable orgulloso. Pero es necesario finalmente que se nos permita dar á este sentimiento otro nombre que el de orgullo, no para cavilar sobre una palabra, sino porque esta se halla consagrada á significar un sentimiento falso y vicioso en todos sus grados. Y puesto que la conducta exterior puede en muchos casos ser la misma en el que tiene el sentimiento de la humildad y en el que no lo tiene, importa conservar su sentido á la palabra que está precisamente destinada á especificar el sentimiento. El orgullo, pues, nunca puede ser justo, jamás por consiguiente puede ser un apoyo para la flaqueza humana ni un consuelo en la adversidad.

Frutos son estos de la humildad; esta es la que nos sostiene contra la flaqueza haciendo que siempre la conozcamos y recordemos, la que nos induce á velar y á orar á Aquel que ordena la virtud y que la da, la que nos hace *levantar los ojos á los montes de donde nos viene el socorro* (1). Y en las adversidades los consuelos son para el alma humilde que se reconoce digna de sufrir, y experimenta el sentimiento de gozo que dimana de consentir en la justicia. Repasando sus culpas, las adversidades se le representan como la retribución de un Dios que perdonará, y no como golpes de un poder ciego; acrecienta en dignidad y pureza, porque á cada dolor sufrido con resignación siente borrarse alguna de las manchas que la hacían menos bella; qué más? hasta llega á amar las adversidades, porque la hacen conforme á la imagen del Hijo de Dios (2), y en vez de perderse en vanos y débiles lamentos da gracias en circunstancias en que abandonada á sí misma no encontraría más que el gemido del abatimiento ó el grito de la rebelión. Y el orgullo! Cuando Dios *habrá humillado al soberbio como á un herido*

(1) *Levari oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.* Ps. CXX, 1.

(2) *Conformes fieri imaginis filii sui.* Rom. VIII, 29.

(1), ¿será el orgullo para él un bálsamo? ¿Para qué puede servir aquel en las adversidades sino para hacerlas aborrecer como injustas, para excitar constantemente en nosotros un inquieto y doloroso parangón entre lo que nos parece merecer y lo que nos toca sufrir? Para el hombre el punto de reposo en esta vida consiste en la armonía de su voluntad con la voluntad de Dios acerca del mismo, ¿y quién está mas distante de ella que el orgulloso al ser herido? El orgullo en la desgracia es hablador si halla quien le escuche; agota sus esfuerzos para probar que las cosas no deberían ser como Dios las ha querido: su silencio por lo comun es forzado, amargo y henchido de desprecio, y teme hasta el sentimiento de la compasión. Aquellos decantados consuelos del hombre que asegura hallar una compensación en sí mismo en la adversidad, si esta compensación no es resignación y esperanza, no son mas por lo comun que un artificio del orgullo mismo que esquivo dejar ver un estado de abatimiento que podría servir de grato espectáculo al orgullo ajeno. Sabe Dios que consuelos son estos; y basta leer las *Confesiones* del desdichado Rousseau para tener una idea de ellos, para ver cual sea el estado de un corazón enfermo de orgullo que llama al orgullo en su socorro. Vuelve con frecuencia su pensamiento á las humillaciones sufridas en la sociedad, rememora sus mas mínimas circunstancias; aquel que habia meditado y escrito tanto sobre la corrupción del hombre social, no tenia un ánimo preparado para la injusticia: cuando es herido de esta, ya no es capaz de sosiego. Compárase con aquellos que le ofendieron, que de él no hicieron caso, se considera muy superior á ellos, y se consume al pensar que son estos cabalmente los que le han ofendido ó postergado. Las palabras, las miradas, el silencio, todo lo recapacita en la amargura de su alma; los sufrimientos de su orgullo pueden medirse por la aversión que experimenta hácia los que le han herido. De qué manera les pinta! Mas cruel es el castigo que la ofensa: seguro está de haber inspirado á millares de lectores los sentimientos de odio y menosprecio que le atormentan; y cuando al parecer está vengado, aun esclama: *Esto me sucedia, y sucede todavía* (2). Y sin embargo si hubo nunca, segun el mundo, un orgullo legítimo; si una inteligencia vasta, profunda, y lo que es mas difícil, independiente á menudo de las opiniones predominantes; si la posesión de una palabra em-

brigadora, de una palabra que lleva la turbación del entusiasmo hasta á los espíritus para los cuales nada hay serio mas que la diversion, una palabra que va á buscar los sentimientos mas íntimos y universales hasta en los corazones donde estaban mas sofocados por las pasiones del lujo y la vanidad, una palabra que ha podido romper por algun momento inveterados hábitos de indiferencia, una palabra que arrastra y que avasalla, que persuade la verdad olvidada ó combatida por la falsa sabiduría, y la mentira contra la cual se subleva la razón; si una fama tan rápida como universal, una fama que quitando á la turba de escritores hasta la idea de rivalidad sofoca en ellos la envidia, y la provoca en los proyectos que creían no tener ya nada que hacer sino alentar el mérito naciente y aplaudir unos triunfos que ya no podían eclipsar los suyos; si el desprecio de honores y fortuna son títulos de un justo orgullo, ¿qué hombre los tuvo mas que aquel? Y entre tantos motivos, no diré de consuelo, sino de triunfo, ¿cuáles son en último resultado sus dolores? Ya es un amigo del mundo que quiere dominarle y prescribirle lo que haya de hacer; ya es otro á quien un tiempo protejió, que quiere parecer su protector, que le suplanta en la mesa de otra amiga de la misma laya. Ah! ciertamente que no es necesario usar de parsimonia en dispensar la compasión, ni pesar con nuestra balanza los dolores que han agobiado el corazón de los demás: el hombre que sufre sabe bien lo que sufre; y si es la flaqueza de su ánimo la que acrecienta el mal, esta flaqueza que á todos es comun es la que merece cabalmente mayor compasión. Pero cuando se piensa en la multitud de injusticias que sufrieron los grandes del cristianismo; cuando se piensa en las persecuciones, en las calumnias, en los desprecios de que los santos fueron abrumados, y en la alegría con que los soportaron, y en la paciencia con que aguardaron la manifestación de la verdad sin pretenderla en esta vida, en la delicia que experimentaban desahogándose á solas con Dios, y que sus desahogos consistían en acciones de gracias, y todo esto porque eran humildes: entonces se conoce profundamente que la grande, la verdadera desventura de aquel hombre estaba en su orgullo.

Si en la injusticia de algunos hombres hubiese reconocido la justicia de Dios, hubiera aquella perdido su amargura; pero él pretende de los hombres una perfecta equidad, quiere reformar en el tribunal de su mente todo juicio ajeno acerca de sí mismo; y finalmente esta idea de injusticia alimentada siempre con el combatirla, se hace predominante y ex-

(1) *Tu humiliasti sicut vulneratum superbum.* Ps. LXXXVIII, 11.

(2) *Confesiones.* Parte II, lib. xv.

clusiva, se aplica á todos los hombres, es un gusano que nunca muere. Todos le parecen ocupados en él, todos son enemigos suyos, el objeto del género humano es el verle deshonrado é infeliz. La limosa fenómeno de la naturaleza humana! en que la idea principal del orgullo, la de ser el objeto de la atención de los demás, se convierte en manantial de infelicidad. Él ha apurado el cáliz de la gloria, pero su embriaguez es triste y penosa. Las miradas del desconocido que encuentra en el camino, la curiosidad de la admiración, la palabra dicha por lo bajo en su presencia, todo es trama, todo es premeditación. El infeliz, al escribir la historia de sus congojas, parece á veces con una frase de desprecio de los vanos juicios ajenos y de confianza en su conciencia que recobra la tranquilidad, pero la frase siguiente demuestra que su dolor continúa en toda su intensidad. Escribe para echar de sí ese peso de odio, apela á aquellos hombres á quienes á cree sin embargo todos inicuos; ¿pero á qué mano confiará su escrito que no sea enemiga? Acuérdate de Dios, y resuelve depositar su justificación en el santuario; pero una verja que inesperadamente halla cerrada le parece una señal de repulsión de parte del mismo Dios (5)! Hombre infelicitísimo! Si se hubiese acercado al altar, como había pensado, si se le hubiera acercado con el corazón, si hubiese recordado que allí se adora á Aquel que no abrió su boca, Aquel que enmudeció como el cordero delante del que lo trasquila (6), Aquel que dice: *venid á mí todos los que estais trabajados, y yo os aliviare* (7), Aquel cuya divinidad tan magníficamente había confesado, ah! tampoco para él hubiera fallado consuelo, y este hubiera sido *segun la multitud de sus dolores* (8).

Ah! si en la vida que nos queda que recorrer se nos están preparados trances dolorosos y difíciles, si para nosotros se acerca el momento de la prueba, roguemos que este nos encuentre en la humildad, que nuestra cabeza esté pronta á inclinarse bajo la mano de Dios, cuando ella haya de pasarle por encima.

De cuanto se ha dicho acerca de la humildad síguese por precisión que si hay sentimiento que destruya el desprecio insultante á los demás, de se-

(5) V. *Histoire du précédent écrit*, unida á los diálogos intitulados: *Rousseau juge de Jean Jactques*.

(6) *Quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum. Isai. LIII, 7.*

(7) *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Matth. XI, 28.*

(8) *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tue lætificaverunt animam meam. Ps. XCIII, 19.*

guro es la humildad. El desprecio nace de la comparación con los demás y de la preferencia dada á sí mismo: ¿cómo, pues, ha de poder nunca este sentimiento echar raíces en el corazón enseñado á considerar y á deplorar las propias miserias, á atribuir á Dios todo su mérito, á reconocer que si Dios no le detiene puede incurrir en todo género de males?

CRÓNICA.

El 24 de noviembre su santidad el papa Pio IX ha provisto, para atender á las necesidades de la Iglesia, las sedes siguientes:

1.^a Iglesia metropolitana de Bolonia.—2.^a Iglesia metropolitana de Capua.—3.^a Iglesia metropolitana de Sorrento.—4.^a Iglesia metropolitana de Sarrari.—5.^a Iglesia metropolitana de Oristano.—6.^a Iglesias unidas de Osimo y Cingoli.—7.^a Iglesia catedral de Città di Castello.—8.^a Iglesia catedral de Fossano.—9.^a Iglesia catedral de Borgo San Donnino.—10.^a Iglesia catedral de Lodi.—11.^a Iglesia catedral de Alghero.—12.^a Iglesias unidas de Ampurias y Tempio.—13.^a Iglesia catedral de Ogliastra.—14.^a Iglesia catedral de Bisarchio.—Por último, fueron provistas por medio de breves las iglesias siguientes:

1.^a Iglesia arzobispal de Seleucia *in partibus infidelium*.—2.^a Iglesia episcopal de Acanto *in partibus*.—3.^a Iglesia episcopal de Claudiópolis *in partibus*.—4.^a Iglesia episcopal de Echinus *in partibus*.—5.^a Iglesia episcopal de Maronea *in partibus*.

Su eminencia el cardenal Morichini pidió el sagrado palio para su iglesia metropolitana de Bolonia, y la misma petición se hizo para las iglesias metropolitanas de Capua, Sorrento, Sassari y Oristano. El cardenal Morichini prestó en manos de su santidad el juramento prescrito.

Antes de la ceremonia, el papa dirigió á los cardenales presentes una corta alocución. Despues de la petición de los palios, su santidad se encaminó á la sala del trono, y allí los nuevos obispos de Crema, Osimo y Cingoli, Getie, Città di Castello, Fossano y Lodi, recibieron uno por uno el roquete de manos del papa, quien les dirigió una preciosa alocución que la *Voce della Verità* resume en estos términos:

«No hay misión mas santa que la que Dios os ha confiado, de apacentar su grey y conducirla por los caminos de la caridad, de la justicia y de la religión, guardándola de los males que, hoy mas que nunca, están esparcidos sobre la tierra. Deseo que tengais toda clase de consuelos. Si la rapacidad de ciertos hombres os quita, como es posible, los medios de mantener con honor vuestra dignidad, yo confío en que la misericordia del Señor no dejará de acudir en vuestro socorro.

«Id á vuestras diócesis. Sabreis ejercer vuestro santo ministerio con esta energía que los mismos demonios obedecen: fortificareis á los buenos, apartareis del camino de perdición á los malos, enseñareis á los arrepentidos á lavar sus faltas en las lágrimas de la penitencia. Confíad en el Señor, que os ha escogido para este ministerio, y que os dará el poder de obrar prodigios mayores que resucitar á los muertos, esto es, de convertir á los malos al bien.

«Ahora, yo invoco sobre vosotros la bendición del Señor, para que el arcángel S. Rafael os acompañe y proteja en el viaje á vuestras diócesis. Esta bendición la elevareis á los fieles de vuestra grey, para que sea con ellos durante la vida, les fortifique en la hora de la muerte, y les haga dignos de celebrar en el cielo el nombre de Dios.

«Benedictio Dei Omnipotentis...»

Hé aquí, los insidiosos párrafos del discurso de Víctor Manuel en la apertura del parlamento italiano, referentes á sus relaciones con el pontífice:

«Regenerados por la libertad, en la libertad y en el orden buscaremos el secreto de la fuerza y de la conciliación de la Iglesia y el estado. Habiendo reconocido la independencia absoluta de la autoridad espiritual, podemos estar convencidos de que Roma capital de Italia continuará siendo la sede pacífica y respetada del pontificado. De este modo, lograremos tranquilizar las conciencias. Así, por la firmeza de nuestras resoluciones y moderación de nuestros actos, hemos podido alcanzar la unidad nacional sin alterar nuestras amistosas relaciones con las potencias extranjeras.

» Los proyectos de ley que os serán presentados para arreglar las condiciones de las corporaciones eclesiásticas, estarán conformes con los principios de libertad; no afectarán más que a la personalidad judicial y a la forma de la propiedad, dejando intactas las instituciones religiosas que tienen parte en el gobierno de la Iglesia universal »

El 27 de noviembre último a la misma hora en que bajo las bóvedas de Monte-Citorio respondían mercenarios aplausos al hipócrita programa de la usurpación, una escena hermosa, conmovedora y sublime se efectuaba en la mansión pontificia. Roma, la verdadera Roma, la Roma católica, había querido protestar solemnemente contra la profanación sacrilega y acudir en masa al Vaticano a los pies de su único soberano legítimo el inmortal Pio IX. Todas las sociedades católicas, que cuentan muchos millares de individuos, habían solicitado el honor de ir a proclamar los sagrados derechos del pontífice, en el mismo momento en que la usurpación se juzgaba victoriosa. El espectáculo hubiera sido admirable; pero el papa, conociendo la perversidad de sus enemigos, no quiso que sus fieles súbditos corrieran peligros y se espusieran a violencias y atropellos.

Pero si el acto no fué tan imponente y solemne como deseaba la piedad de los romanos, no careció por eso de gran importancia y significación. Centenares de personas de todas las clases, numerosas comisiones de la aristocracia, de la nobleza, del comercio y de la clase media, y multitud de extranjeros, muchos de los cuales habían ido expresamente a Roma para el acto, penetraron en el Vaticano, llenaron sus vastos salones y galerías, y tuvieron la dicha de ofrecer sus homenajes al despojado pontífice.

Tres preciosos y enérgicos mensajes publica el *Osservatore Romano*, que fueron leídos en presencia de Pio IX, como expresión de los sentimientos de amor y fidelidad de su pueblo y de todos los católicos. Allí, desde el trono pontificio, el papa pronunciaba el verdadero discurso del trono, discurso admirable, del cual la prensa romana no publica más que un imperfecto extracto, pero que basta para inflamar en entusiasmo el corazón de todos los fieles.

Después de manifestar su gratitud por los preciosos sentimientos que manifestaban los mensajes, leído uno por el príncipe Massimo, otro por la marquesa de Vitelleschi y el tercero por un noble irlandés, el papa empezó a hablar de las grandes persecuciones de la Iglesia, siempre precursoras de grandes triunfos. «Desde que en el Gólgota Cristo quiso ser clavado en una cruz por la salud del mundo, el triunfo de la gracia principiaba a manifestarse, y algunos de los que habían subido a la montaña donde se consumó la redención, blasfemando del Hombre-Dios, bajaban contritos y penitentes confesando su santo nombre.

«Y en los tres siglos que siguieron, la Iglesia, atormentada por las persecuciones, oprimida por los tisanos, triunfaba por la sangre de sus millones de mártires, por la constancia de sus innumerables confesores. Vinieron luego las heregias que unas en pos de otras se debilitaban y se perdían ante los grandes doctores y grandes santos, que defendiendo a la Iglesia, derramaban sobre la tierra los esplendores de las ciencias y de la civilización. Hoy la persecución, sin ser tan violenta, sin emplear los verdugos y las bestias feroces del Circo, no es menos implacable: no combate esta ó aquella parte de la Iglesia, sino la Iglesia entera. No tenemos que luchar contra las grandes heregias; su espada está enmohecida, y las pequeñas heregias con que se trata de combatirnos no tienen importancia: tenemos que luchar contra la incredulidad, contra el deísmo, contra el materia-

lismo, que pretenden arrancar todo germen de fe del corazón de los católicos y arruinar hasta sus fundamentos la Iglesia de Jesucristo. No es Nerón, es Juliano el apóstata quien está en frente de nosotros.

«Pero estemos tranquilos. La Iglesia de Jesucristo está edificada sobre piedra, desafía el furor de las tempestades, y la palabra de Dios no pasará: *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*»

Después de este magnífico cuadro descrito con palabras de fuego y entonación enérgica, Pio IX habló del movimiento católico que en estos momentos de prueba se estiende a todas las regiones del mundo para consolar a la Iglesia. A los esfuerzos de la revolución los fieles oponen su santa unidad, su piadosa concordia, levantan una barrera insuperable a las doctrinas impías y sacrilegas, y mantienen enhiesta sobre las tempestades y los vientos de las pasiones la antorcha de la fe que alumbrará los próximos triunfos.

Al llegar aquí, recomendando con eficacia la conservación de esta unidad, Pio IX exclamó poseído de la más viva emoción: *Pater Sancte, Pater Sancte, Pater Sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum.*

Hablando luego de la conciliación, con la cual los impíos procuran engañar al mundo, el papa pronunció con energía la palabra *jamás*, tan noble en los labios que nunca mienten, tan mezquina en boca de los hipócritas. La muchedumbre que llenaba el Vaticano no pudo menos de prorumpir en fervientes y prolongadas aclamaciones, y el papa continuó:

«No los enemigos de Dios no abatirán nuestra santa resistencia, no arrebatarán nuestros derechos. Jamás habrá conciliación entre Cristo y Belial, entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y la mentira. Levanto mis brazos y mi corazón al Omnipotente, y le suplico que ausilie mi constancia y me fortifique para la lucha. Yo, aunque indigno, soy el vicario de Jesucristo, y sacrificaré mi vida antes que ceder a las locas solicitudes de la iniquidad triunfante.»

Nuevos y ardorosos aplausos dominaron la voz de Pio IX, quien recobrando el tono afectuoso, imploró las bendiciones celestiales sobre las naciones y fieles reunidos alrededor de él.

Dice una carta de Roma con fecha 18 de noviembre: «La gran cuestión del día es la relativa a la actitud del papa. Son muchas las personas que creen que su santidad tiene hecha la resolución de alejarse de Roma en el momento en que se establezca aquí el gobierno de Victor Manuel de una manera definitiva.

Yo no pienso así. No tengo autorización ninguna para expresarme de esta manera; pero fundándome en datos que tengo por fidedignos, me parece que puedo afirmar que el papa *no intentaría salir* de Roma, sino en el caso de que la diplomacia lo abandonara, dejando de reconocerlo como soberano para reconocer únicamente la soberanía del rey de Italia. Si los representantes de las potencias, acreditados hoy cerca de Pio IX, pidiesen sus pasaportes ó diesen por terminadas sus misiones, entonces el sumo pontífice, protestando públicamente primero, procuraría después ver si era ó no libre para poder emigrar a otro país menos ingrato. Mientras esto no suceda, el papa, rodeado de los embajadores, se juzgará soberano de derecho y no abandonará el Vaticano, para que los gobiernos, que tanto se desquidan en este punto, no puedan decir nunca que no son ellos los que abandonan al padre santo, sino el padre santo quien retirándose se hace abandonar.

Lo que hay de verdad es que, como aquí se prevé y se medita antes que se eche encima la tempestad, se desea adoptar las precauciones convenientes para que sus efectos no sean muy desastrosos.

Por si llega el caso de que Victor Manuel sea destronado y se proclame la república, el cardenal Antonelli, que ve venir las cosas desde lejos, ha sondeado ya varias cortes para acordar con tiempo cuál es el camino que se debe seguir, si como es de temer, la permanencia en la Ciudad Eterna se hace de todo punto imposible.

Conviene no perder de vista que con los elementos que aquí se han hacinado pudiera ocurrir muy bien que, sabiendo ó sin saber como, el día en que menos se pensara, se proclamase la caída de Víctor Manuel y la Commune sentase sus reales en el Capitolio. Si llega este caso, y puede llegar, los comuneros, fortificándose en el castillo del Santo Angel y parapetándose detrás de los muros que todavía rodean á Roma, pudieran presentar una tan larga como obstinada resistencia.

Y en esta hipótesis, ¿qué es lo que puede hacer la corte pontificia? ¿Puede permanecer en Roma al lado de la Commune? El bárbaro asesinato del arzobispo de París prueba lo contrario. Y si esto no puede ser, deberá esperar el papa á que la Commune se proclame, ó será preferible el que se aleje, cuando la diplomacia crea que ya es llegada la hora de retirarse? El día en que el gobierno de Víctor Manuel sea vencido en Roma, ¿podrá continuar ya el papa en el Vaticano?

Por esto el cardenal Antonelli ha consultado á los gobiernos de Londres, Versalles, Viena y Berlin, y se dice que ya ha recibido respuesta definitiva de todos. Según parece, el gobierno inglés, sin mostrar gran interés por el jefe visible de la Iglesia, se interesa algo por la persona de Pío IX y habla de una protección que por más que sea ó se llame personal al fin es protección. Se cree que Inglaterra pone á disposición del papa una fragata con su bandera para el viaje y la isla de Malta para su residencia. No sé lo que sucederá; pero á juzgar por lo que oigo, casi me atrevería á asegurar que Pío IX no aceptaría la isla de Malta, sino en el último extremo.

El gobierno francés, que por sí es poco adicto á la santa sede, por necesidad política, esto es, por verse empujado por Francia entera, que ó es católica ó detesta á Italia, ha dado una respuesta, que si no es tan satisfactoria como fuera de desear, tiene sin embargo valor no escaso. En muchas circunstancias los gobiernos van mas lejos que los pueblos, y en este por el contrario, el pueblo avanza mas que el gobierno. En efecto, aunque Thiers no quisiera comprometerse en favor del papa, la nación francesa le obliga á comprometerse. De aquí el que en Roma se dé importancia á su tímido ofrecimiento, porque se ve que la timidez es del gobierno que contiene al pueblo, y no del pueblo que empuja al gobierno. Si Thiers vería con disgusto al papa en Francia, es porque teme que escitada su fe, la nación francesa se muestre demasiado papista. Y lo cierto es que donde esté el papa la peregrinación será universal. Esto hace temblar á los que no quieren que tengan demasiada vida el catolicismo.

El emperador de Austria, á lo que parece, no tendría inconveniente ninguno en que el papa penetrase en sus estados; pero ¿es libre para obrar?

Mr. Bismark, que tanto empeño muestra en que el catolicismo no se exalte en Alemania, no solo no ofrece apoyo ninguno, sino que se opone á que el gobierno de Viena permita á su santidad fijar su residencia cerca de los dominios de Prusia ó de las fronteras de lo que hoy se llama imperio alemán. El rey de Prusia por envidia y por razones políticas no quiere que el jefe de la Iglesia católica reciba ovaciones en el norte de Europa. El emperador alemán se unirá naturalmente á Víctor Manuel, para que sin que resalte la violencia material, se pueda prolongar la prision moral de Pío IX.

La diplomacia, comprendiendo estas dificultades, se esforzará por inclinar al gobierno de Víctor Manuel á que proceda con cierta cautela, y desista de ciertos proyectos y de ciertas demostraciones que pudieran aproximar la mecha á la mina y precipitar su explosión.

A esta actitud de la diplomacia se atribuye la retirada ó por lo menos el aplazamiento del proyecto de ley contra las órdenes religiosas existentes en Roma. En este punto parece que la política florentina, cediendo á un misterioso resorte que la sirve de timon, ha comenzado á virar de bordo y no sé si acabará por un cambio completo de frente.

El padre Gratry, que tanta celebridad ha adquirido con sus poco ortodoxos escritos, está ahora retirado en Montreux

(Suiza) donde deplora el error en que ha estado, y se lamenta de la conducta seguida por Döllinger y el ex-padre Jacinto á quienes no está dispuesto á seguir.

El padre Gratry va á publicar sus obras corregidas, suprimiendo todo lo que sea contrario á los dogmas y hablando de la infalibilidad como buen católico.

Hé aquí el texto de la carta en la que declara someterse completamente á las decisiones del concilio.

Querido amigo, lo que decis de X... me alarma. Creo que me he explicado categóricamente sobre mi sumisión respecto al concilio del Vaticano. Si, me he sometido al concilio y admito la infalibilidad en el sentido que él la admite. Así lo he dicho aquí á todos los individuos del clero con quienes he hablado, y así lo he escrito al obispo de Friburgo en cuya diócesis resido. Jamás he tenido ni la mas remota idea de ponerme en contradicción con la Iglesia y por consiguiente con nuestro Señor Jesucristo. — A. Gratry.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

ARMONÍA DE LAS CLASES SOCIALES.

Tema vasto al par que interesante bajo su aspecto social y filosófico, es el que ha escogido el Sr. Massanel para hacerlo alternar con los que van desarrollando sus compañeros, y dar con la variedad de los asuntos mayor atractivo á lo sano y provechoso de las ideas que ocupan la atención de los concurrentes. Cualesquiera fuesen las condiciones que pudieran faltarle, nadie se atreviera á decir que sea la de oportunidad; puesto que no es el menor de los males que aquejan á la sociedad actual la falta de armonía entre las diversas clases que la componen. Jesucristo con sus santas máximas y sus consoladoras promesas las habia unido con un vínculo que la filosofía incrédula ha contribuido á relajar y las mas aviesas pasiones tratan ya de romper, exasperando así la sorda lucha que entre ellas existia, que se presenta ya mas desembozada, y quien sabe si terminará en declarada y espantosa guerra. Las diferencias que con mas ó menos gradaciones han existido siempre, subsisten todavía y continuarán en lo sucesivo, á despecho de las lineas declamaciones y descabelladas utopias con que algunos embaucadores de oficio agravan la triste situación de los embaucados. Por mas que se reconozca la unidad de la especie humana, sus individuos no podrían vivir bajo un pié de igualdad completa, porque ni la naturaleza les ha hecho ni la sociedad puede hacerles perfectamente iguales. Es preciso que divididos en clases y diversamente escalonados formen un conjunto armónico, y esta armonía que exige la naturaleza es la que proclama y sanciona y ha practicado el catolicismo.

El Sr. Massanel, como todos los filósofos cristianos, encuentra en la caída del primer hombre la raíz de todos los males de que adolece la humanidad, enfermo incurable que se revuelve en su lecho de espinas, achacando á su postura los dolores que le atormentan y esperando de cada cambio la salud que apelece. Pero esta no puede ser mas que un ligero alivio, porque está viciada su sangre y lleva

en sus entrañas los gérmenes de un mal que solo puede minorarse con la aplicación de las máximas y principios filosóficos y morales derivados del catolicismo. Así es que no han acallado sus gritos de dolor ni todos los progresos que en el orden puramente humano va realizando al través de los siglos, ni todas las mejoras que ha promovido la industria ni todas las verdades científicas que han podido atesorar la inteligencia, ni cuanto ha contribuido al desarrollo y forma el orgullo de la actual civilización. Preciso es pues estudiar al hombre para comprenderle hasta cierto punto en su pequeñez y en su grandeza, en sus instintos y en sus sentimientos, en su maravillosa inteligencia y en la obscuridad que la envuelve, en sus propensiones al mal y sus aspiraciones al bien, en la rara armonía de sus contradicciones ingénitas. Pasa después el orador á examinar los elementos de la sociabilidad humana y encuéntralos en las necesidades del corazón é igualmente en las de la inteligencia. Unas y otras excluyen la idea de aislamiento. La sociedad empezó en el Paraíso y se fué desarrollando inmediatamente. La individualidad está engastada en la generalidad y fuera de ella se consumiría. Del primer embrión de sociedad se derivan la familia, la tribu, el pueblo, la nación, el género humano, que viene á quedar unido con lazos indisolubles. Por el instinto de su propia flaqueza, para reproducir, por decirlo así su misma personalidad, para cultivar su inteligencia, para aligerar y perfeccionar sus trabajos, para comunicar sus ideas y sentimientos esencialmente expansivos, para atender á una multitud de exigencias de su propia naturaleza expuesta á tantos quebrantos y condenada á la descomposición, el hombre tiene que ser sociable, necesita el concurso de los demás, y por esto lo ha buscado en todos tiempos y lugares: tendencia que no sería tan constante si no fuese natural y siendo natural tiene que responder á un fin indeclinable. Este es la agrupación de los seres racionales para su recíproca ayuda y beneficio, hecho general y permanente que no es obra del cálculo sino imposición de la misma naturaleza. Pero ¿es concebible la idea de agrupación sin la de orden? Desde la familia de Adán hasta hoy día en que hierve por todas partes el espíritu de asociación, tanto en el más reducido villorio como en la capital más populosa, toda sociedad ha tenido que estar sujeta á una ley de orden más ó menos perfecta. Hasta en los irracionales que poseen cierto instinto de sociabilidad se puede admirar esta ley, más ó menos rudimentaria pero siempre ciegamente obedecida. Sin ella, ¿cómo podrían vivir juntos una multitud de seres libres en sus movimientos, sin estar espuestos á continuos choques, á fortuitas ó preparadas y siempre funestas colisiones? Ninguna sociedad, aun las compuestas de personas las más enemigas de cualquier especie de yugo y dependencia, puede subsistir, que estando de una ú otra manera ordenada. Aquí el orador se detuvo haciendo varias y picantes descripciones de ciertas sociedades convencionales, y por ellas vino á demostrar clara-

mente como la idea de asociación hacia indispensable la de orden y de estas se derivaban las de gerarquía y de autoridad. Sin esta la confusión sería un mal endémico y el desorden una situación permanente, y no existiendo algunos á quienes estuviese encomendada la misión de conservar el orden establecido, dependería del antojo de cualquiera la triste facultad de perturbarlo. Así es que la anarquía ni en las grandes poblaciones ni en las más pequeñas é insignificantes ni en una sola familia siquiera podría subsistir por algún tiempo sino como una calamidad anormal y transitoria, y esto lo reconocen aun aquellos que la miran como bello ideal de las sociedades. Sentados estos preliminares y dejando para otras conferencias el desarrollo de su tema concluyó diciendo. «El análisis de estas leyes generales que presiden al desenvolvimiento de las sociedades nos lleva como de la mano al exámen técnico de las clases sociales, cuyo principio generador estando como está en la naturaleza misma, no puede menos de tener la sanción de Dios, autor supremo de la naturaleza y del hombre.»

La festividad de la Inmaculada Concepción, patrona general de España, de Mallorca, y escogida especial para las Asociaciones de católicos, fué celebrada por la de esta capital, no solo con los actos religiosos que prescribe el reglamento sino también con una sesión extraordinaria que estuvo bastante animada y concurrida. La sección filarmónica, que por la mañana había cantado en S. Cayetano la misa de Mercadante, inauguró la función nocturna con el himno alusivo á la solemnidad de aquel día, y el joven sacerdote D. Miguel Maura tomando por tema esta sola palabra *Maria!* tuvo suspenso de sus labios al numeroso auditorio no sabemos por cuánto tiempo. Parece que su discurso hubo de ser largo por la diversidad de pruebas que adujo y la multitud de ideas que apuntaba ó desenvolvía, y parece que hubo de ser breve porque con el placer de escucharle se nos deslizaba el tiempo sin nosotros sentirlo. Cantóse después el coro de Rossini titulado *Esperanza* con una afinación y claro obscuro que bien podía dejar medianamente satisfechos á los más inteligentes y descontentadizos: recitáronse, ya en prosa ya en verso, algunas composiciones de jóvenes asociados en loor de la Santísima Virgen y terminó la función con unos asombrosos ejercicios de violín sobre algunos temas de óperas italianas, ejecutados por el profesor D. Juan de la Cruz Font acompañándole en el piano el Sr. Torrents.

Esta noche el mismo Sr. Maura pronunciará su segunda conferencia acerca de las órdenes religiosas concretándose á considerarlas con respecto al siglo XIX.

ENSAYOS POLÍTICOS DEL SR. QUADRADO.

En la próxima semana se repartirá la 8ª entrega de dicha publicación correspondiente al mes de octubre.

PALMA.—Imprenta de Guasp.